

?Todo lo que sigue es sencillamente estupendo?. Escritoras en las cartas entre Ezequiel Martínez Estrada - Victoria Ocampo.

DIZ, TANIA.

Cita:

DIZ, TANIA (Junio, 2016). *?Todo lo que sigue es sencillamente estupendo?. Escritoras en las cartas entre Ezequiel Martínez Estrada - Victoria Ocampo. IV Coloquio internacional Literatura y vida UNR. CELARG, Rosario.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/tania.diz/73>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pWrn/5XV>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

IV Coloquio internacional Literatura y vida UNR

8,9 y 10 de Junio 2016

Rosario

Título de la ponencia: “Todo lo que sigue es sencillamente estupendo”. Escritoras en las cartas entre Ezequiel Martínez Estrada - Victoria Ocampo

Abstract:

Mientras Ezequiel Martínez Estrada escribe *Marta Riquelme*, entre sus ficciones y ensayos, y Victoria Ocampo comienza a escribir sus memorias; surge entre ambos un vínculo afectivo e intelectual a través de cartas a lo largo de algo más de 15 años: desde finales de los años ´40 y hasta la muerte de Martínez Estrada en 1964. En este artículo analizaré gran parte de aquellas cartas con la intención de demostrar que uno de los ejes centrales del epistolario es la construcción, por parte de Martínez Estrada, de su interlocutora en un personaje: una escritora en la que se mezclan las fantasías de Martínez Estrada a partir de haber leído la autobiografía de Ocampo con las imágenes de sí misma que ella deja ver en las cartas.

Ponencia:

En 1956, Ezequiel Martínez Estrada publica un cuento formidable, *Marta Riquelme*, que tiene por protagonista a una mujer que escribió sus memorias. En 1952, Victoria Ocampo comienza a escribir sus memorias que tomarán, luego, el nombre de *Autobiografía* y serán seis tomos; sin descuidar, como es sabido, los diez tomos de los *Testimonios* publicados desde 1935. Paralelamente, Martínez Estrada y Victoria Ocampo mantuvieron un vínculo afectivo e intelectual a través de cartas a lo largo de algo más de 15 años: desde finales de los años '40 y hasta la muerte de Martínez Estrada en 1964.¹

En este artículo analizaré gran parte de aquellas cartas con la intención de demostrar que uno de los ejes centrales del epistolario lo constituye la construcción, por parte de Martínez Estrada, de su interlocutora en personaje ante la lectura entre divertida y halagada de Ocampo.

Victoria, tan mítica

A lo largo del intercambio, Ocampo lee encantada, mantiene una cortesía cariñosa y distante a la vez, mientras intenta sostener el diálogo, y Martínez Estrada se vuelve cada vez más monológico, hasta terco, respecto de sus opiniones sobre ella y así es como construye una imagen de Ocampo de una idolatría inconmensurable que la transforma en otra Marta Riquelme, otra escritora imaginada. En este movimiento de Martínez Estrada, se construye un mito femenino anclado en la nación y en la literatura y, casi como consecuencia de lo anterior, comienza a demostrar una creciente desconfianza en la fidelidad de la Ocampo que él lee en las memorias con respecto a lo que él piensa que es la Ocampo *verdadera*.

Así, Martínez Estrada hace de ella, un mito cuyo procedimiento es simple y poderoso: reemplaza el nombre propio, Victoria Ocampo, por el mito: sea el algarrobo, el ombú o Andrómeda, Beatriz, etc. El uso de estas palabras, en las cartas, no es metafórico ni necesita una explicación, ya que la sola invocación del nombre hace al mito. Y las claves para descifrarlo están tan cerca de su materialidad – Victoria Ocampo de carne y hueso-

¹ En 1945, Martínez Estrada le escribe una carta que es un autorretrato que Ocampo le solicita para *Sur*. Luego, en 1948 comienzan un intercambio constante que culmina en 1964 con la muerte de Martínez Estrada.

como de las obsesiones de Martínez Estrada. Por eso, Martínez Estrada construye una imagen – una de las tantas- de Victoria Ocampo como víctima, como una débil mujer rodeada de seres malvados pero no puede leer las dificultades reales y cotidianas que Ocampo narra angustiosamente debido a su condición de mujer: no estudiar una carrera, la prohibición a la vez de lo relativo a lo sexual (de censurar los besos en las películas a la tardía y escasa relación con varones de su misma edad) y a la lectura (tanto respecto de qué debe o no leer una mujer como respecto de oponerse a que sea una escritora). Tampoco lee las luchas de Ocampo contra la represión de género² que vivía en su familia, así como su indignación ante los arrebatos machistas de los escritores con los que se relaciona – pensemos por ejemplo, en Ortega y Gasset o en el conflicto que tiene con Keyserling³-. Y menos aún la añoranza de Ocampo por los criados fieles, la afectividad con la que se refiere a las niñeras y mucamos, eludiendo cualquier visión crítica hacia su clase. Digo, no le interesa leer estas cuestiones como obstáculos de orden socio- histórico vinculados a un tiempo y espacio preciso sino que los mitifica a través de la invención de una Victoria cautiva.

Victoria, una planta americana

El magnolio, en *Marta Riquelme*, es casi humano y atrapa a quien lo rodea, Ocampo es una planta americana y el ombú, cuerpo y espíritu de la pampa⁴, tiene una sombra tan acogedora como maléfica. Así, los árboles se humanizan, son testigos casi inmortales de la historia nacional y familiar y son, además, un personaje en común entre Hudson, Martínez Estrada y Ocampo. Recordemos que mientras Martínez Estrada escribe *Marta Riquelme*, está investigando sobre Enrique Hudson, escritor que lo cautiva y al que alude varias veces tanto en el cuento como en las cartas. Además, como se dijo antes, en las cartas, un tema común es la emoción que les produce a ambos el brote de las plantas en la primavera, la sombra de los árboles, los olores que dan cuenta de una sensibilidad común frente a la

² Podría leerse “represión sexual” pero este término acota el sentido a las prácticas sexuales y el término género, en cambio, incluye el control de las conductas y las ambiciones que impidieron que Ocampo, por ejemplo, estudie una carrera universitaria, que sea actriz, que salga del hogar paterno sin casarse, etc.

³ Respecto de la relación con Ortega y Gasset, leer *Autobiografía III La rama de Salzburgo* y respecto de Keyserling, *Autobiografía V Figuras simbólicas. Medida de Francia y El viajero y una de sus sombras (Keyserling en mis memorias)*.

⁴ Así lo describe Martínez Estrada en *Radiografía de la pampa*.

naturaleza. Si bien puede parecer una anécdota, me parece que es un detalle interesante para comprender que la alusión a los árboles, no es una casualidad o un gesto de estilo sino que obedece a un modo de relación con la vida, la tierra y la nación; que, a la vez, elude la inmediatez y la coyuntura de la vida urbana. Es más, Ocampo hizo un mito nacional de un árbol, el Algarrobo. En 1960, le envía a Martínez Estrada *Habla el algarrobo. Luz y sonido* editado por Sur en 1959. Él lo lee fascinado debido a la coherencia que detecta entre sus ideas, las de Hudson y la obra de Ocampo y le dice: “Creo que es usted en cierto modo ese árbol y que, pensándolo o no, usted lo ha sentido, como es justo.” (2013: 75) Esto le responde en una carta escrita en México y fechada el 05-08-1960 y en el mismo año, unos meses antes le anuncia “mi próxima obra se titulará Victoria Ocampo (que tendrá mucho que ver con el algarrobo, precisamente!)” (2013:59). Ocampo se reconoce como una planta americana y Martínez Estrada la identifica con el algarrobo o con el ombú, aluden ambos a esos rasgos esenciales e inmutables de la personalidad de Ocampo que Martínez Estrada imagina y sobredimensiona.

Victoria Ocampo, tan mujer

Las pasiones, pues, de Marta, son las de una niña, las de una mujer, las de una anciana, y las de los hombres inclusive, mas carece de pecado, de pecaminosidad para precisarlo mejor. (...) Todo la conmueve y la inclina al amor. (Martínez Estrada 2013:43)

No satisfecho, Martínez Estrada, con la Victoria- algarrobo, criolla, hija de conquistadores y próceres; apelará a un número exuberante de nombres que por sí solos, ya que no fundamentan ni adjetivan a la autora sino que *son* Victoria Ocampo. Sin ir más lejos, la santifica con la mención de Julián el Hospitalario e Isabel de Hungría, la mitifica con heroínas trágicas como Andrómeda, Eurídice, Lavinia, Penthesilea, Beatriz o Francesca y la idolatra con mujeres que han trascendido por su obra y por su acción en el mundo de la cultura europea. Así, menciona a Victoria Colonna y Gaspara Stampa, poetas del renacimiento italiano, o a las francesas Clemencia Isaura, Mme. De Sevigné y Mme. De Staël. Sólo nombrándolas, sin ninguna fundamentación asistimos a la construcción de un eterno femenino, excesivo pero eficaz.

Así, Martínez Estrada, apela a un procedimiento común a sus ficciones: la prosa acumulativa, erudita y casi infinita, en este caso de escritoras y personajes femeninos, una alusión a su manera de la condición femenina de Ocampo, que en cierta manera se opone a imagen entre exótica y americana que ella ha inventado. La mayoría de los nombres fueron mencionados por ella en su prosa, en distintas páginas y situaciones, así, la enumeración da cuenta de la sagacidad de lector de Martínez Estrada ya que no nombra mujeres al azar sino que elige⁵ ciertos nombres que según él darían cuenta más fielmente de la esencia de Ocampo. Martínez Estrada detecta esta operación de Ocampo que permite pensar que la literatura para ella estaba completamente integrada a su vida y los personajes mitológicos le fascinaban a la vez que ensayaba identificaciones con ellos, muy tempranamente. De hecho en el primer tomo de su autobiografía, cuando narra las aventuras infantiles respecto de las diferentes institutrices, hay un episodio que suspende la insistencia entre la incomprensión adulta y el fastidio ante el estudio; me refiero al momento en que Madeimoselle les lleva un libro de mitología - *Les aventures de Télémaque* -, se lo va leyendo de a poco y lo guarda en una chimenea, y la pequeña Victoria que al inicio lo considera un aburrido, sin imágenes, queda atrapada por las historias de las diosas y ninfas, confesando que “allí – en la chimenea- escondía el olímpico mundo en que yo ya soñaba vivir”. (1981b:1 24)

Ocampo adulta nos da la pauta de cuán antiguo y constante fue su amor por la literatura o, más aún, por ser, vivir, sentir como un personaje de ficción. Esto permite comprender la comodidad – y hasta cierto regocijo- de Ocampo en la invención de ella que hace Martínez Estrada ya que él la coloca entre diosas y poetas que conforman su propio imaginario. Aparte del ejemplo ya citado, no está demás mencionar que en el segundo tomo de la autobiografía usa el neologismo “seviñesco” para caracterizar una carta que ella le escribió a su madre a los nueve años como influenciada por el estilo de Mme. De Sevigné y durante varias páginas reflexiona sobre sí misma en relación a lo que la distingue o la acerca a Mme. De Stael. Entonces, ME, en cierta medida, cumple su sueño al decirle que ella es “un ser mítico, digo, puede ser Andrómeda, Eurídice, Penthesilea pero no Electra” (2013: 110)

⁵ En esta elección también hay exclusiones significativas: Virginia Woolf y Simone de Beauvoir, sin ir más lejos, a quienes Ocampo menciona – y admira- no sólo por sus ficciones sino por sus posicionamientos respecto de la discriminación hacia la mujer. Así, la razón del olvido o exclusión es el posicionamiento político, cuestión que Martínez Estrada evita tenazmente.

Esto a su vez, se relaciona con otra cuestión común a ambos: la relación entre vida, lectura y escritura como una única experiencia en la que se difuminan los límites entre lo real y lo ficticio. Sobran ejemplos en los que Ocampo, en su autobiografía, interpreta su propia vida a través de personajes literarios ya que, como dice Molloy, “Los libros no viven por ella sino que son, en cierto sentido, el espacio donde su vida alcanza una dimensión más vasta, donde puede vivir con más intensidad que en cualquier otra parte.” (Molloy, 83) Entonces, Ocampo al leerse en la prosa de Martínez Estrada, como Eleonora o Eurídice; se ve a sí misma, con otro estilo, quizás demasiado sacralizada, pero no lejos de la propia representación de sí que ella deja ver en sus escritos.

En una carta de 1963, Martínez Estrada la imagina como una cautiva en la versión criolla o una princesa encantada en la versión más europea debido a que está rodeada de “diablejos sucios” y “labradores enriquecidos” que la descalifican y se aprovechan de su generosidad. Con ese desprecio se refiere Martínez Estrada a los integrantes del grupo *Sur* y apunta sus dardos especialmente contra Ortega y Gasset ya que lo acusa de haber matado en ella a la escritora. Este escarnio es en alusión al malentendido entre ellos que Ocampo narra en su autobiografía. Y que en un sentido más general, tiene que ver con las representaciones de Ocampo en las revistas y diarios que constituyen una de las líneas de desarrollo que se puede seguir en la autobiografía y en los testimonios. La cuestión de la representación de su figura no le era indiferente, lo que se puede pensar al ver la cantidad de páginas dedicadas a responder a los malentendidos o malas lecturas que sufre.

Por medio de esta versión un poco paranoica a lo Martínez Estrada, de una Victoria vulnerable que no puede sino tolerar la injusticia, sin gloria merecida, el autor comienza a forjarse en el único lector de su obra capaz de glorificarla y valorarla como tal. Él sintetiza la esencia del mito Ocampo al decir que en ella ama “lo bello, lo santo, lo transparente, lo luminoso” (2013: 96). Así, el autor, se enardece con lo maligna que es la crítica y, a pesar de haber afirmado que ella es idéntica a muchas escritoras y heroínas, se va convenciendo de que es tal su grado de excepción que no se parece a nadie. Está obsesionado con lo que va leyendo de ella: “Es extraño, todo lo que se refiere a su infancia y juventud (hasta los 20 años), me es conocido.” (2013: 102) Y hasta familiar, podría decirse y cómo no va a serlo si Ocampo narra una historia que Martínez Estrada conoce: la de la nación entremezclada con múltiples alusiones a la literatura clásica.

Aparte de la condición de excepción de Ocampo y del aire familiar, el autor le aclara que la relación entre ellos solo puede mantenerse por escrito. Y sugiere que el escribir en ella no está vinculado al trabajo ni a la vocación sino más bien a un destino de *médium* que la lleva a ser el canal de comunicación de las cosas bellas y sublimes. En el mismo procedimiento, Ocampo va teniendo cualidades etéreas que la salvan de la caída en la sexualidad. La paradoja saltaría a nuestros ojos si agregáramos, como hace Martínez Estrada en *Marta Riquelme*, una página de la autobiografía.⁶ Pero esta vez, él, con cierto pudor borra el erotismo y la pasión de Ocampo para transformarla en un ser angelical al que la suciedad de las necesidades del cuerpo no le afectan. Aún por la negativa, lo que se presenta es justamente el cuerpo de una mujer en su condición de deseado y deseante a la vez. Y dice Martínez Estrada:

“Podría decirle de otras impresiones de la relectura; quiero limitarme a dos: la incompreensión con que Vd. ha sido juzgada siempre y la unidad de estilo en lo que Vd es y en lo que Vd escribe. (...) Le contaré una anécdota: terminé la relectura y fui, no sé por qué, a las memorias de María Bashkirtseff. ¡justamente la negación de Vd! petulante (¡pobrecilla!, escribe con el espejo sobre el escritorio y todo lo vive en estado de sonambulismo artístico- literario), snob, turista, patinadora sobre hielo, amante de las gitanerías. Pero sirvió para que Vd surgiese, por contraste, como la Victoria de Samotracia, como una sudestada, como un árbol multiseccular, como un ser auténtico que da testimonio de sí. (...) ¿Quiere que le diga como son tres argentinos y uno solo verdadero, Vd, Hudson, Güiraldes? Otro día.” (2013:106)

En esta extensa cita, Martínez Estrada reitera la idea de la Victoria mártir y se detiene en un juicio estético: el estilo que le es útil para ubicar entonces a Ocampo como escritora. Así, contagiado del estilo de Ocampo, relea las memorias de Bashkirtseff y la distingue de ella para afirmar que lo de Ocampo es un testimonio verdadero – y nacional podemos agregar- que la ubica junto con Hudson y Güiraldes. Entonces, por un lado, señala

⁶ Dice Ocampo, ante el encuentro con J., su amante: “Dudo que otros cuerpos hayan tenido, jamás, mayor entendimiento, mayor placer en tutearse y más ternura que prodigarse cuando el deseo saciado se alejaba. Nos deseábamos más allá del deseo, no sólo en esos momentos. Es decir que mirarnos, darnos la mano, recibir juntos el calor de la chimenea, todo era felicidad.” (1981c:39)

una distancia respecto del decadentismo modernista asociado a Bashkirtseff para acercarla a una tradición telúrica; y por otro, la desplaza ahora de la tradición femenina – que, como es sabido, patriarcado mediante, no es prestigiosa- y la ubica con los dos escritores que él considera que son los que mejor han escrito acerca del país. Más allá del argumento, la mención de Bashkirtseff y Hudson - una escritora de memorias infinitas y un viajero incansable enamorado de la pampa- reenvían, además, a *Marta Riquelme* ya que ambos escritores son aludidos, también, en el cuento.

Luego de transitar por las múltiples feminidades de las que inviste Martínez Estrada a Ocampo, ante una lectura apasionada de las memorias, se convence de que él es el único que sabe leerla y comprenderla, incluso mucho más acertadamente que ella misma al punto tal que le pide que no las publique, que en todo caso tendría que ser él quien las escriba. Le dice:

“Es asombroso créame todo lo que yo sabía de vd desde antes. Las memorias no me engañarán. Por supuesto mucho más que a Vd misma, y cada vez que se me queja que la magnifico, me lo confirma. De manera que cuando yo digo que Vd es así y así, no me contradiga. ¿qué sabe ud de eso? [...] De tan auténticas sus, memorias resultan apócrifas.” (2013:129)

Y ya indignado cuando ella no dice lo que él cree que debería decir, arremete: “Usted me va a perdonar le aconsejo que no publique esas Memorias. [...] Aunque Ud me retirara su amistad, aunque me despreciara, YO NO PODRÍA DEJAR DE DECIRLE que esas memorias serían autodestrucción.” (Martínez Estrada- Ocampo, 134) Y concluye: “¿Tendré que ser yo quien escriba sus Memorias?” (Martínez Estrada- Ocampo, 135)- Ante semejante propuesta no podemos hacer menos que recordar al obsesionado prologuista de la obra de Riquelme que, como él, la conoce mejor que ella misma y es capaz de transcribir sus memorias. Parece una vuelta al deseo de ser ese prologuista sin obra que, lleno de certezas vacías, podrá atraparla.

Finalmente, estas fabulaciones de una posesión un tanto asfixiante, no van en desmedro de su extraordinaria sagacidad de lector. Esta paradoja caracteriza la lectura de Martínez Estrada: Ocampo es cada vez más el fruto de su imaginación, cada vez más parecida a Marta Riquelme pero también es más Ocampo en un sentido auténtico al detectar aspectos muy precisos de ella en su obra: su identificación con lo nacional o más

precisamente, lo americano y su exotismo del que habla su extranjería; la relación peculiar que tiene con los autores que lee, la auto figuración de sí que ella también inventa, la falta de confianza en sus propias aptitudes literarias, entre tantas otras cosas.

Para terminar

En resumen, para Martínez Estrada, Ocampo es una especie de mecenas y de madre que se preocupa y ocupa de su salud, que le recomienda médicos y que lo hospeda en alguna de sus casas. También es la persona ideal para compartir sus hipótesis respecto de la Argentina, ya que no sólo puede dialogar porque es un tema común, sino porque además en sus venas corre la sangre de quienes hicieron una nación de estas tierras americanas, es decir, Ocampo es la nación encarnada, cuestión confirmada en las páginas iniciales del primer tomo de la autobiografía. Además, es, para Martínez Estrada, una escritora que se identifica con otros escritores, con personajes literarios y mitológicos, un listado bastante heterogéneo en el que el autor retoma las mismas obsesiones que estaban en *Marta Riquelme*. Recordemos que Martínez Estrada escribe y publica el cuento en los primeros años del intercambio entre ellos y algo que he intentado sugerir en estas páginas es que en las cartas surgen y resurgen las frases, las ideas, el espíritu de esa inasible imagen que es Marta Riquelme. En otro artículo me detuve en analizar en el mencionado cuento de Martínez Estrada cómo lo femenino, lejos de ser un concepto unívoco y estático, es, en verdad, tantas subjetividades como el escritor pueda imaginar. Y esta es la matriz de la ficción que se expande en la proliferación de otras tantas victorias – la criolla, la mítica, la pura, la mecenas, la patriota- en el epistolario y que, parafraseando el cuento, podrían ser ella misma o todo lo contrario. Al menos en dos ocasiones se alude⁷ al supuesto de que ser mujer y escribir es imposible, supuesto paradójico que abre otras lecturas: la más obvia es la de la misoginia – una mujer nunca podrá llegar a ser escritor-; otra es la del falso elogio – una mujer que escribe es mucho más que una escritora -una profeta, un médium-; ergo, no es escritora-; una tercera es la de la crítica a la hegemonía masculinista, es decir, la mujer

⁷ “-el nombre me era conocido y hasta familiar, no recuerdo por qué lecturas- (...) Pero debo advertir que Marta Riquelme no es una escritora. Hasta diría que casi no sabe escribir. (Martínez Estrada 1956:9)

“Si yo fuese escritora, creo que pertenecería a la especie de los de “párpados cosidos”. Pero yo no soy una escritora. Soy simplemente un ser humano en busca de expresión.” (Ocampo 1981a:21)

que escribe, Ocampo sin ir más lejos, no se adapta a lo que supone el discurso hegemónico que es una escritora.